

PALABRAS DE FRANCISCO JOSE FERNANDEZ DE LA CIGOÑA

Un hidalgo que se fue.

Acaba de fallecer Germán Alvarez de Sotomayor. Arquitecto notable y, sobre todo, hombre de bien. Casi coincidiendo con su muerte hizo llegar a sus amigos el recuerdo que, herido ya por la enfermedad, escribió de los años de la guerra vividos intensamente por él, tanto intentando salvar la vida en la zona republicana como después de combatiente voluntario y protagonista del frustrado desembarco del Castillo de Olibe en Cartagena.

Modestamente afirma en su libro que no fue su propósito reducir unas Memorias y menos un estudio histórico de aquellos días. Pero sus Relatos apasionados de un tiempo de guerra llenan sobradamente lo que deben ser unas memorias y son también un interesantísimo estudio sobre la época. Porque la trágica aventura que vivió Germán Alvarez de Sotomayor, que le llevó incluso a autorrecluirse en un manicomio para salvar la vida haciéndose pasar por loco, no fue una excepción sino el cotidiano vivir de muchas gentes en aquellos tiempos amargos de nuestra historia. Y si Germán Alvarez de Sotomayor y su joven mujer —estaban recién casados y esperando a la primera de sus hijas—, tuvieron un final feliz en el puerto de Alicante, no fue tan venturoso el desenlace de las experiencias de muchísimos otros españoles.

Haber sido amigo de Germán Alvarez de Sotomayor fue una suerte que muchos disfrutaron dada su vital y extrovertida generosidad. Yo ya le conocí en plena madurez —¿hará veinte años quizá?—, cuando estaba de vuelta y por encima de casi todo. Me doblaba la edad pero eso no era obstáculo para él pues Germán siempre se sintió a gusto con la juventud. Y los jóvenes con él.

Y, curiosamente, apenas contaba su vida. Mil episodios apasionantes los he conocido ahora leyendo sus Relatos. Su inmensa gallegridad, tan omnipotente en él, aun físicamente, solo tenía una quiebra: le interesaba mucho más el presente y el futuro que el pasado. Siendo ciertamente un hombre de grandes amores y lealtades, con raíces profundísimas en su amada tierra natal, eran características en él los planes activos y no la nostalgia y la morriña paralizantes.

En el leve espacio de dos días —¡cuán pesados pueden resultar!—, se han ido al encuentro con Dios dos entrañables amigos. Y, en ambos casos, ese viaje no era una metáfora sino íntimo y profundo convencimiento. Había notables diferencias entre Germán Alvarez de Sotomayor y Sebastián Mariner. Y, sin embargo, ¡qué difícil encontrar más amor a España que en aquel gallego tan gallego y en aquel catalán tan catalán! Hasta el extremo que en más de una ocasión he pensado qué insolidaridades y malentendidos que conducen a preocupantes corrientes centrifugas de hoy no existirían si los españoles se parecieran, siquiera remotamente, a esos dos grandes hombres. ¡Qué fortuna sería para España, para Galicia y para Cataluña! Pero, evidentemente, es demasiado pedir a la mediocridad que hoy impera.

Los años de la guerra española fueron para Germán Alvarez de Sotomayor riesgo cierto e inmediato de muerte. Hasta qué logró em-

barcar en un navío inglés en compañía de su mujer, que fue una especie de eficazísima y encantadora «Pimpinela Escarlata». Peligro diario y continuo. Después, incómodo en altos y gratos cargos de retaguardia que le parecían impropios de sus fidelidades y de sus ilusiones, volvió a arriesgarse en las trincheras o en el frustrado desembarco de Cartagena, que estuvo también a punto de llevarle a la muerte. Con una gravísima herida en una pierna que tardó mucho en curar y le dejó de por vida un paso de viejo lobo de mar que en el fondo era lo que hubiera gustado ser.

Y tras todo ello, ni el menor atisbo de odio en el relato. Ni tampoco el regalo de un legítimo orgullo, que bien podía sentirlo. Estaba convencido de que no hacía más que lo que tenía obligación de hacer. Y con toda naturalidad lo hizo. Y, al cabo de muchos años, lo contó.

La narración resulta apasionante como testimonio vivo de una época. Y llena de lecciones de historia y para la historia. Está escrita con tanta sinceridad que recuerdo el gran disgusto que le produjo comprobar un error de memoria en el que había incurrido. Pocos días antes de su muerte comentaba con él cómo era la primera ocasión en que había oído hablar de un hecho que él refería. La noticia, que había aparecido en la prensa republicana, de que Azaña había llegado a la frontera portuguesa para abandonar España. Si casi no debía haber frontera con Portugal, le comenté. Se quedó preocupado aunque insistía haberlo leído en el manicomio.

Un gran amigo de ambos, Gabriel Alférez, se ofreció a consultar le hemeroteca. Y, efectivamente, encontró la página en el ABC de la república. Pero no era una noticia sino dos. La de que las fuerzas de Franco habían llegado a no se qué punto lindante con Portugal y la de un viaje de Azaña al frente de Guadarrama. Se me han solapado los recuerdos, exclamó. E inmediatamente se puso a discurrir cómo podía corregir la equivocación.

También eso era rasgo propio y distintivo del caballero. Nunca le movieron los cargos ni las recompensas sino el deber que brotaba de un alma generosa e hidalga. Cuando tan pocos hidalgos quedan, yo, que he tenido la suerte de conocer a varios y en Germán a uno de los últimos, quiero darle desde aquí un adiós emocionado.

Y creo que no ha podido elegirse mejor sitio para rendir homenaje a su memoria que esta casa de los Alféreces Provisionales, cuya estrella lució con riesgo y orgullo. Como muchos de los presentes. Y tanto la amaba que por ella vertió su sangre. Como muchos de vosotros. La sangre ha tenido siempre un sentido sacrificial. Desde las primeras religiones hasta la excelsa que profesamos.

Cristo derramó su sangre para lavar los pecados del mundo. Los alféreces provisionales derramasteis vuestra sangre para lavar la suciedad de una España que se moría y que parecía necesitar urgentemente una transfusión de sangre joven, generosa y enamorada.

Y lavasteis España. Y la fortalecisteis. Y surgió grande, potente y limpia. Después se mancharon muchas cosas, tantas que casi lo único que hoy queda limpio es el recuerdo de aquella gesta y la estrella que estampillada llevasteis junto al corazón. O, más bien, como corazón.

Germán Álvarez de Sotomayor era uno de vosotros y buen lugar para recordarle la casa de los alféreces provisionales. Pero si os decía que él no era hombre de nostalgias sino de afanes de mañana,

no quisiera yo poner unas rosas sobre una tumba, sino contribuir modestamente a mantener esa invisible cadena espiritual que anuda el ayer con el mañana y que ha hecho una España gloriosa en los siglos.

La Iglesia Católica, de la que Germán se sentía hijo fiel, nos daba antaño y hoy parece que con Juan Pablo II se quiere volver a ello, tras años más bien calamitosos, ejemplo de lo que os digo. Era el culto a los santos. Propuestos como intercesores y, sobre todo, como ejemplo. Para que las nuevas generaciones de hijos de Dios les honraran e imitaran.

Nosotros tenemos la obligación de transmitir a los que vienen y a los que vendrán las historias de los nuestros, que entretreídas hicieron nuestra hermosa historia, la historia de la patria más gloriosa que ha conocido el mundo.

Y dentro de esas historias, que nacen en la noche de los tiempos, la de Sagunto y Numancia, la que brilla luego en la Roma pagana e imperial de Séneca, Trajano y Adriano y, sobre todo, en la gloria cristiana del Pilar y de los mártires, que fue luz, ciencia y santidad en la España goda, noche triste en Guadalete y esperanza de victoria en Covadonga. Cruzada cristiana en la Reconquista y regalo de Dios, y a Dios, en América. En esa cadena, os digo, hubo un hermosísimo momento de sangre, dolor y gloria que fue la Cruzada de 1936. La Cruzada de los alféreces provisionales. La Cruzada de Germán Álvarez de Sotomayor.

Y hoy es preciso decirlo más alto que nunca porque, a lo mejor, nuestros hijos, nuestros nietos y los nietos de nuestros nietos solo escuchan que unos señoritos, en 1936, sofocaron a sangre y fuego las ansias de libertad y de cultura de un pueblo pobre y oprimido. Porque así nos cuentan la historia. Cuando lo cierto fue que los mejores hijos de un pueblo, pobres y ricos, que aquello entonces no importaba, fueron al encuentro de la muerte, en las cunetas de la zona roja o en las trincheras del frente, para salvar a España de quienes a punto estaban de hacerla perecer.

Quienes han conocido a Germán no podrán recordar en él el menor rasgo del señorito. Y, en cambio, ¡qué gran señor! El señorío parecía consustancial con él. Lo mismo hablando con marineros de la costa o labradores de Sergude, que con catedráticos o con banqueros.

Era, además, alegre y comunicativo. Me parece estar viéndole hace un par de años en una postura muy suya, sentado, con el bastón entre las piernas y ambas manos apoyadas en él. Un grupo de jóvenes cantaban canciones de guerra y de amor. Canciones que hablaban de Dios y de España. Y su voz grave y profunda las acompañaba y me pareció notar en su clara mirada una niebla de emoción.

Cuando, camino de la madrugada, nos dirigíamos a nuestras habitaciones, le dije: —«¿Qué bien lo hemos pasado!». Y él me contestó: —«Esta noche dormiré feliz porque con jóvenes así, España no está perdida». Y una vez más creí notar lo que tantas veces había observado en él. Se acercaba a los ochenta años. Aquellos himnos y aquellas canciones las había cantado en las peligrosas calles del Madrid republicano, en las noches de trinchera junto a sus compañeros que al día siguiente morirían con ellas en los labios, en desfiles marciales al frente de su sección o en la amura del Castillo de Oñite, intentando divisar Cartagena y con ella la victoria. Pero más que el pasado era el mañana lo que le calentaba el corazón.

Otro rasgo característico de Germán: era un viejo católico. Y entendédme lo que quiero decir. Porque esta palabra, «viejo», volverá

a salir más adelante. Germán asombraba por su juventud espiritual, por su alegre disposición ante cualquier empresa, por su hablar esperanzado, sus proyectos, su ilusión. ¿Qué quiero decir, pues, con la de viejo católico? Muy sencillo: su fe estaba anclada en años remotos, era recia y viril como la de aquellos caballeros que partían a luchar contra el infiel. Progresismos actuales no le atraían lo más mínimo. Y si la enfermedad no hubiera puesto ya sobre él su zarpa de fiera, hubiera ido feliz, con sus amigos de la Ciudad Católica, que tan a gusto de él y de nosotros presidió tanto tiempo, este pasado diciembre a ver a Juan Pablo II que, como Germán, es otro viejo católico. Y, por ello, le caía tan bien este Papa.

Era también un viejo español. Que guardaba en su corazón con verdadero amor la historia de su querida patria, buscando el modo de recibirla en estos días de abatimiento tanto. Quería una España justa. Aquellas intuiciones juveniles, impregnadas de entusiasmo falangista, fueron madurando con los años en la doctrina social de la Iglesia, que descubrió con júbilo y como confirmación y perfección de lo que de joven había soñado. Quería una España una. El, que tan gallego se sentía y tanto idolatraba a Galicia, nada tenía que ver con esos pequeños nacionalismos de aldea o de corral que desintegran y aniquilan en el odio a la madre común.

Quería una España católica, fiel a su pasado y a su gloria, pues pensaba que otra cosa no la haría grande y, sobre todo, no la haría España.

Y quería una España con la mayor libertad posible. Con unas sanas autonomías municipales, regionales y profesionales, que nada tienen que ver con estas «autonosuyas» sin futuro y sin sentido que hoy padecemos. Regidas por el sentido común, otro rasgo característico en él, hoy más que nunca el menos común de los sentidos. Le irritaban profundamente las imposiciones sin sentido y contra todo sentido tan gratas a los funcionarios de todas las épocas. A esos personajillos que, no siendo por categoría personal nadie, usan y abusan del cargo para que los demás noten su entrecamillada autoridad.

Tenía un enorme corazón, de amplísima cabida: Dios, España, su familia, sus amigos. ¡Qué fácil era hacerse amigo de Germán! Y ¡qué suerte haber sido amigo de Germán! Su casa estaba siempre abierta y lo que es más importante, quien en ella entraba se daba cuenta de que también le abría el corazón.

Y hablando de él no os he dicho nada de su peripecia en el Madrid rojo, ni del Castillo de Olite, ni de casi de su libro. Tal vez Rafael Gamba, otro alférez provisional, lo haga. Yo he querido evocaros a otro de los nuestros que desde arriba, junto a los luceros, muy cerca de Dios, se ha encontrado ya con todos los que quiso y le precedieron en el tránsito hacia el Padre. Con los que quiso con los lazos del amor carnal y con cuantos amó con el espíritu porque, por anteriores que fueran los siglos en los que vivieron, Germán los tenía por suyos y se sentía de ellos.

Nosotros, que creemos en el cielo, somos, por tanto, los hombres de la esperanza. Desde aquí o desde allí veremos renacer a España. A la España que Germán amó. Y la veremos renacida con él. Por la misericordia de Dios. Desde una alta tribuna de nubes o combatiendo en las trincheras de este mundo, sintiendo el calor, la amistad y la protección de los amigos que nos precedieron y que, gozando de Dios, no nos olvidan. No olvidan a España.